

martes 27 de Julio, 2004

La calle  
 Diario de un espectador  
 Lutero  
 por miguel ángel granados chapa

Martín Lutero se hizo sacerdote agustino ante el descontento de su padre, que hubiera preferido verlo ejercer como abogado, pues ya lo era también. Para colmo, escrupuloso como lo fue desde el primer momento de su ejercicio sacerdotal, Lutero derramó el vino al elevar el cáliz sobre su cabeza en la misa de su ordenación sacerdotal, y su padre se retiró enojado del convento de Erfurt.

Así son las primeras escenas de Lutero, la película de Eric Till protagonizada por Joseph Fiennes, cuyo rostro adusto conviene muy bien al papel del más influyente reformador religioso que ha habido en la historia. Aunque la cinta tiene un notorio impulso propagandístico (fue auspiciada por la Iglesia luterana alemana), observa muy bien las reglas del cine que refleja acontecimientos históricos y, salvo las querellas entre los príncipes alemanes por un lado, y su emperador y el Papa por otro, a causa de los impuestos agobiantes, presenta muy bien las causas del sacudimiento que Lutero provocó y causó la aparición de iglesias que al paso del tiempo mermaron la supremacía de la católica. Hoy mismo, la confesión luterana es profesada por 540 millones de personas, un poco más del número de católicos en el mundo.

Lutero fue un hombre de conciencia atribulada, en frecuente controversia con su demonio interior y por lo tanto inclinado a buscar la honestidad en la conducta de la iglesia a la que pertenecía. Por sus talentos y recio carácter, se le envía a Roma, la sede del Papado, y allí lo asquean las prácticas del clero, demasiado terrenales algunas --como el que funcione un burdel para sacerdotes, que además son requeridos en las calles por las prostitutas--, y alejadas de la fe cristiana propiamente. Le irritan, y se burlará de esas prácticas a su regreso a la universidad de Wittenberg, donde se convertirá en notable profesor, la venta de indulgencias y la devoción por las reliquias.

Su predica en favor de una iglesia más austera, más apegada a las sagradas escrituras que a la tradición que dio lugar al Papado, lo pone en la mira de León X, un pontífice especialmente voraz que, de no haber muerto a tiempo según dicen sus cercanos, hubiera puesto a la venta al Vaticano mismo, al que dejó con un déficit de ochocientos mil ducados, una fortuna enorme en el siglo XVI.

Lutero sostiene que Cristo no necesita un representante en la tierra, y sostiene también que toda persona es libre de leer e interpretar la Biblia, muy poco conocida aun entre los sacerdotes de aquella época. Como sus tesis ponen en riesgo la obediencia de los príncipes alemanes al emperador Carlos I y al Papa, y por lo tanto las aportaciones económicas a uno y a otro, se le somete a juicio en Worms, en espera de que se retrakte. Pero su popularidad ha crecido y el apoyo de la gente común, harta de la explotación y los abusos le permite no ceder en sus opiniones. Encuentra además el apoyo de Federico de Sajonia, en cuyo palacio traduce al alemán el antiguo y el nuevo testamento, que de ese modo queda al alcance de todos quienes hubieran aprendido a leer.

También había proclamado la eliminación del celibato sacerdotal y cuando sus ideas religiosas encienden a los campesinos, que se revelan contra sus príncipes en una revuelta en exceso sangrienta, él mismo se casa con una antigua monja, Catalina de Bora, con quien procreará cinco hijos.

La cinta fue la última en que apareció Peter Ustinov, el prestigioso actor británico, muerto meses después de su actuación como Federico de Sajonia, uno de los primeros conversos al reformismo inaugurado por Lutero. Se enorgullecía de su colección de reliquias hasta que supo de la crítica y la burla del reformado hacia esos vestigios, que mostraban un parentesco demasiado cercano con las idolatrías bárbaras germánicas y en exceso lejano de la cristiandad